

Una extraña defensa del realismo moral (*)

Parece pasado ya el tiempo en el que la literatura en torno a la filosofía moral que nos llegaba del mundo anglosajón se limitaba a prolijos —y con frecuencia tediosos— análisis de lo que se tenía como lenguaje moral. Son numerosos los libros de autores de lengua inglesa que consideran, por lo general con brillantez y hondura, temas de ética substantiva, sin temor alguno a caer en lo que a veces se ha llamado de manera despectiva moralismo. Sin embargo, en estas obras suele encontrarse latente la engañosa creencia de que el estar en disposición de realizar juicios morales de primer orden y qué juicios morales de ese género pueden hacerse es independiente de las opiniones de segundo orden que se mantengan. Sólo muy recientemente empiezan a publicarse estudios que ponen de relieve cómo las investigaciones acerca de lo que debe hacerse —aquello que se denomina usualmente *ética normativa*, en expresión quizás poco acertada— no puede llevarse a cabo con independencia de la fundamentación que se dé a ese conocimiento, esto es, de las posiciones que se sostengan respecto de los puntos que toca la *metaética* —en expresión, sin duda, desacertada—. *Moral Realism and the Foundations of Ethics* de David O. Brink posee, entre sus numerosos atractivos el no descuidar esta inevitable relación, antes bien, la recalca con esmero y la conserva como transfondo continuo de todo su discurso.

En chocante contraste con numerosas obras recientes, Brink afronta la tarea de defender el *realismo moral*, que entiende como un caso particular de una posición metafísica más amplia, el realismo, y que viene a afirmar, frente al *nihilismo*, que existen estados de cosas o propiedades de naturaleza moral y, frente a las distintas formas de *constructivismo*, que nuestro conocimiento de dichas entidades morales es independiente de la evidencia que tenemos en su favor.

En opinión de Brink, el realismo, tanto en las ciencias como en la ética,

* David O. Brink: *Moral Realism and the Foundations of Ethics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1989.

constituye la posición que el sentido común se halla inclinado a sostener. Para percatarse de ello, basta con darse cuenta de que el lenguaje moral y la naturaleza de la investigación ética pueden explicarse mucho mejor a partir de la presuposición del realismo moral que a partir de la creencia en cualquier posición metaética antirrealista. Así, en la argumentación y deliberación moral, parece como si tratásemos de descubrir qué cosas son valiosas u obligatorias y no de llegar a un acuerdo. Por otra parte, reconocemos que los requerimientos morales constriñen nuestra voluntad, lo que sería imposible si las normas morales careciesen de una entidad objetiva. Asimismo pensamos que otras personas están moralmente equivocadas, y también nosotros tememos caer en errores en nuestros juicios morales; errores difíciles de explicar desde posiciones metaéticas no realistas.

Planteadas de esta forma la cuestión, el realismo moral se muestra como la posición natural y las formas antirrealistas como filosofías de la sospecha, sobre las que debe recaer el peso de la prueba. Por consiguiente, la estrategia adoptada por Brink consistirá en ir poniendo de manifiesto cómo las objeciones que usualmente se dirigen contra el realismo moral, por lo general tomadas de posibles dificultades metafísicas y gnoseológicas, no alcanzan su objetivo. Este itinerario ofrece ocasión a Brink para pasar revista a numerosos tópicos de la filosofía moral a los que aporta un tratamiento que no se puede negar que resulta novedoso.

Desde los análisis de Hume de la vida moral, una de las objeciones más corrientes contra el realismo moral proviene del indudable carácter práctico de las proposiciones morales. Se espera que el discurso moral mueva a la acción, que guíe de alguna manera la conducta. No obstante, este carácter práctico de la moral parece no compaginarse bien con una perspectiva realista que mantenga que las normas y los juicios estimativos son cognoscitivos, pues ¿cómo es posible que la mera afirmación de un hecho pueda proporcionar un motivo, una razón, para obrar? Por el contrario, si las proposiciones morales fuesen no cognoscitivas y expresasen emociones u órdenes se comprendería perfectamente su capacidad de mover a la acción.

La respuesta de los objetivistas morales a este reto ha consistido habitualmente en indicar que, si bien las proposiciones morales afirman hechos, estos hechos no son naturales, no son como los hechos afirmados por las ciencias llamadas descriptivas, hasta el punto de que sólo les corresponde el nombre de hecho si tomamos este vocablo en un sentido muy lato. Más bien, lo que afirman las proposiciones éticas son situaciones ideales, lo que debe ser, y, por ello, ofrecen un motivo o, al menos, una razón para obrar.

Brink, en cambio, cree conveniente una estrategia totalmente diferente para resolver la dificultad planteada por las consideraciones anteriores. El realismo históricamente ha aparecido asociado con la doctrina del *internalismo*, entendida como teoría que mantiene que se da una relación intrínseca o conceptual entre las consideraciones morales y las razones o motivos

para obrar, de suerte que cuando reconocemos que una acción es debida, necesariamente nos sentimos movidos a llevarla a cabo, con lo que se vuelve absurda la pregunta: «¿por qué debo hacer lo bueno?». Sin embargo, esta conexión entre realismo e internalismo es meramente histórica y está lejos de reflejar un vínculo necesario. El *externalismo*, entendido como teoría que afirma que la conexión entre las consideraciones morales y los motivos o razones para obrar no es intrínseca ni conceptual, sino contingente, es compatible plenamente con el realismo moral. Pero no sólo esto, sino que el externalismo —en opinión de Brink— es la teoría verdadera en torno a la relación entre la moralidad y las razones o motivos para actuar como lo prueba la existencia del hombre *amoral*, esto es, de la persona que, aunque reconoce una proposición moral, no se siente movido o no encuentra razones para plegar su conducta a ella. Aunque el realismo se compagina tanto con el internalismo como con el externalismo, las posiciones no cognoscitivistas se hallan vinculadas por fuerza a una aceptación del internalismo. Por ello, el reconocimiento de la posibilidad de la existencia de la persona amoral supone una fuerte objeción contra el no cognoscitivismo y, a la par, un apoyo indirecto en favor del realismo.

En la defensa de su posición el realista se suele enfrentar a un segundo problema. Aceptemos que haya hechos morales, pero ¿cómo podemos justificar nuestro conocimiento de ellos? Como es sabido, la postura más usual entre los realistas ha consistido en asociar su posición con un intuicionismo. Brink considera que, si bien las objeciones que se han propuesto contra el intuicionismo moral son bastantes débiles, en cambio, son demolidoras las razones que pueden aportarse contra toda forma de *fundacionalismo*, del que el intuicionismo moral sería una de sus especies. De forma análoga a su tratamiento de la anterior objeción, Brink se esfuerza en mostrar que el realismo moral no tiene que ir asociado al intuicionismo moral. En ética, como en cualquier otro saber, el fundacionalismo ha de ser sustituido por una teoría de la coherencia. Debemos rechazar la posición que mantiene que ha de haber proposiciones autojustificativas ya que la justificación de toda proposición no puede ser inferencial, a fin de evitar o un regreso infinito o un círculo vicioso, y aceptar, por el contrario, que la justificación de toda proposición es inferencial, aunque esto implique un cierto círculo. También en ética la teoría de la coherencia debe ser la posición epistemológica apropiada: la aceptación de una proposición moral se justifica por su coherencia con un sistema de creencias morales y no morales aceptado. Brink se esfuerza en hacernos ver que, en contra de lo que pueda parecer a primera vista, una epistemología basada en la teoría de la coherencia es plenamente compatible con un realismo, tanto en ética como en cualquier otro tipo de saber.

Otra de las tradicionales líneas de ataque contra el realismo moral, parte de la suposición de que la mencionada posición no puede más que apoyarse en una aceptación de misteriosas propiedades no naturales. De nuevo Brink emprende el mismo itinerario argumentativo. Defiende que el realis-

mo moral en cuanto tal es independiente de la aceptación de un naturalismo o de un no naturalismo, de manera que cabe aceptar la existencia únicamente de propiedades naturales y ser un realista. La existencia de un hiato entre el *es* y el *deber* no habla en contra del realismo moral. Las propiedades morales son propiedades que surgen de la existencia de una determinada configuración de propiedades naturales. Lo que se defiende podría ser considerado como un naturalismo ético no reductivo.

El libro concluye con un extenso capítulo dedicado a la ética de primer orden en el que Brink expone su propia propuesta en este campo, que consiste en un utilitarismo muy especial puesto que reposa en una concepción del valor no subjetivista. Las acciones, motivos, disposiciones son aceptables moralmente en la medida en que producen cosas valiosas, pero las cosas son valiosas no en virtud de que sean capaces de producir ciertos estados mentales, sino en sí misma. La belleza, por ejemplo, es valiosa no porque sea deseada o porque produzca placer, dado que lo sería aunque no se diesen esos mentales contingentes. Es claro que un utilitarismo de este género escapa a las objeciones más frecuentes dirigidas a la doctrina de la utilidad.

La conveniencia, rara vez sentida, de examinar una teoría de primer orden en un estudio metaético viene indicada por la oportunidad de poder esclarecer mediante el examen de casos concretos los puntos de vista sostenidos en la exposición de la filosofía moral. Esta conveniencia se trueca en una exigencia al partir de una teoría de la coherencia en que todas las posiciones se implican entre sí. Ciertamente el utilitarismo que Brink nos propone no es la única posición compatible con el realismo moral, como el propio autor reconoce, pero es una posición plausible y coherente con el realismo moral al que le transmite su plausibilidad.

Dejando a un lado muchos de los argumentos que podemos encontrar en *Moral Realism and the Foundations of Ethics*, desde luego muy discutibles como la existencia de la persona amoral o su pretensión de que la teoría de la coherencia no implica ninguna forma de constructivismo o de que el externalismo es la posición correcta para explicar la motivación moral, queda tras la lectura de este intrigante libro un poso de inquietud expresable de esta manera: ¿Con las posiciones morales de segundo orden que acepta Brink puede admitirse el realismo moral? ¿Qué tipo de realismo es este? Y, meditándolo un poco, nos damos cuenta de que la máxima realidad que otorga Brink a nuestras creencias morales es, a lo sumo, la que poseen nuestras creencias científicas («la ética es o puede ser objetiva en el mismo modo en que lo son las ciencias», *Op. cit.*, p. 6), e incluso son, sin duda alguna, un poco menos fiables («no pretendo que las creencias morales consideradas tengan el mismo grado de credibilidad que las creencias observacionales», *Op. cit.*, p. 138). Constituyen estas últimas afirmaciones relativas al carácter incierto de las proposiciones morales un presupuesto del que se parte y que jamás es discutido ni siquiera someramente. Pero podemos preguntarnos si, en verdad, cabe decir que los «hechos morales»

son del mismo género que los científicos y que nuestro conocimiento de unos y otros resulta parejo. Si fuera así, ¿poseerían nuestras creencias morales fuerza constrictiva? En definitiva, ¿pasaría el realismo que Brink nos propone el cedazo de la crítica kantiana a las éticas materiales? Dicho escuétamente: ¿Una ética *a posteriori* merecería el nombre de realismo moral?

Juan José GARCIA NORRO
(U.C.M.)